

### 3

Incluso antes de que Burt Kaplan suba al estrado, el juicio tiene momentos maravillosos. Ocurren en una ceremonia fuera de la vista y del oído del público, el interrogatorio de potenciales jurados en un acto que se llama *voir dire*. Este uso pretencioso de un título francés es insultante, porque en Brooklyn este es un asunto demasiado importante para la afectación.

Se entrevista a los jurados potenciales en una habitación estrecha, justo detrás de la sala del juicio. Sentados a la mesa están los abogados y los acusadores, y en la cabecera de la mesa, hoy con traje cruzado, está el juez Jack B. Weinstein. Una silla vacía a su derecha es para los jurados.

La funcionaria del juzgado, una mujer de marrón que se llama June Lowe, está de pie en el umbral y sin casi movimiento mete a un posible jurado en la habitación.

—¿Cómo está usted esta mañana? —pregunta Weinstein.

—Estoy un poco atontado —dice el hombre—. Tenía esto en la cabeza.

—¿No está usted preocupado por este caso, verdad?

—No he sido nunca un jurado.

—¿Por qué no nos dice algo sobre usted mismo?

—Tengo 48 años y llevo trabajando la mitad de la vida. Ahora soy un trabajador social. Tengo un hijo de 16. Estoy casado. Entonces las cosas se estropearon. Mi sobrino fue sentenciado por un crimen. Con una muerte incluida. Yo estaba trabajando y no me implicaron. Entonces robaron mi coche y cobré el seguro. No tengo una opinión clara sobre la legalización de la marihuana.

—¿Puede usted ser justo con estos acusados?

—Me gustaría pensar que sí.

Weinstein cree que no. Rechaza al hombre. La siguiente es una mujer que dice:

—Tengo tres cosas. Tengo un hijo de 14 años. No tengo manera de que vaya a la escuela. Sabe usted, acostumbro a llevarlo en coche cada día. Dos, hoy iba a empezar un trabajo nuevo. Trabajo para la Junta de Educación. Fui de un trabajo a otro en otro puesto y eso iba a empezar hoy y estoy aquí, o sea que no empiezo.

Weinstein dice:

—Entiendo, pero la Junta no la va a despedir.

—No. Mi problema número uno es mi hijo. Soy madre soltera y le llevo en coche. No es que él vaya...

Weinstein pregunta:

—¿Dónde vive usted?

—En Gerritsen Beach.

—¿Y dónde está la escuela?

—Va a una escuela católica en... no sé cómo lo llaman ustedes, la sección Midwood.

Weinstein dice:

—Hay transporte público. Tiene 14 años.

Ella dice:

—Lo sé.

Weinstein dice:

—Denegada. Es hora de que crezca.

El siguiente es un hombre con acento, posiblemente ruso.

—En 1979 yo estaba en un juicio criminal, como víctima. Un hombre quiso matarme porque le debía dinero. Y me quedé con esto —dice levantando la camisa para enseñar una cicatriz.

—¿No cree usted que podría ser justo?

—No.

—Excusado.

Ahora otra mujer.

—Señoría, yo no podría ser justa en este juicio.

—¿Por qué? —pregunta Weinstein.

—El caso es que mi padre siempre fue... La acusación a mi padre siempre fue que era un gánster porque eres italiano y...

—¿Era un gánster?

—No. Pero siempre estuvo esa acusación.

—¿Quién le acusaba?

—La gente del vecindario, gente de las calles de Brooklyn.

—Denegada.

Jurado potencial:

—Tengo citas comprometidas para los próximos tres meses y no creo que pueda cancelarlas todas.

—Es mejor que lo intente, no está usted excusado.

El siguiente:

—Necesito comida *kosher* y no puedo estar secuestrado el Sabbath.

—No le vamos a secuestrar a usted. Usted tiene que quedarse aquí y ser elegido, y puede usted traer su propia comida si le parece. Denegada.

Ahora una mujer gordita en traje negro. Es de Staten Island.

—¿Cómo vino usted hasta aquí hoy? —preguntó Weinstein.

—Me trajeron.

—Pero puede usted tomar el ferry o el tren.

—Sí que puedo.

—Díganos un poco sobre usted.

—Mi marido está jubilado. Mecánico de máquinas de coser. Yo me jubilaré a finales de este año. Tengo una prima que tenía una relación y hubo un asesinato y un suicidio en Florida. Una cosa muy trágica. Florida. Mi yerno es funcionario de la libertad bajo palabra en este juzgado. No me gusta saber nada de todo esto.

Hay murmullos entre los abogados defensores, que no quieren a la mujer a menos de 20 kilómetros del juzgado.

El juez dice gracias.

Ahora hay un hombre negro que trabaja como técnico de hospital y tiene tres niñas y tres niños y le gustan las chuletas y el puré de patatas, mucho puré de patatas; después, un hombre de Deer Park que dice que tarda una hora en llegar hasta aquí. Estuvo en la Marina ocho años y 11 meses, parte de ellos en Irak, y es un bombero voluntario, con un tío en el departamento de policía de West Palm en Florida y un amigo con un bar en Riverhead que se metió en una pelea enorme. Después, una mujer con ojos grandes que toma el tren número tres y recorre dos estaciones para llegar al juzgado.

—Tengo dos hijos, una hija preparando el ingreso en Medicina en Carolina del Norte y un hijo fontanero.

Una mujer de Crown Heights llega en metro. Un hijo en el ejército, en Arkansas; una hija en el mercado de valores. Hay que correr mucho. Su marido era carnicero. Ahora muerto. Vive en Staten Island. Viene en coche.

—¿Que dónde aparqué el coche? En el garaje de enfrente. Mi trabajo solo me paga diez días de hacer de jurado. Yo trabajo.

—Veremos qué podemos hacer. Podemos ser muy persuasivos.

—Trabajo como consejera en abuso de sustancias. A mi abuela la atracaron hace años. Una vieja dura, no se dejó quitar el monedero.

—¿No está usted bien?

—No estoy bien. Tengo un catarro. Llevo una mala temporada. Soy conductor de autobús. Crecí en el Bronx. Creo que puedo ser objetivo...

Esto sigue así durante días. En algún sitio entre la gente que necesita una hora y una hora y media en el ferrocarril de Long Island para ir y otro tanto para volver y que tiene dos hijos adoptados y cinco nietos y un marido al que le gusta hablar («tengo un matrimonio parlanchín») había una mujer negra delgada que hablaba con una voz tan baja que nadie recuerda que estuviera en la habitación. Coge el tren de Crown Heights y trabaja cuidando pacientes en un hospital, es de Barbados y lleva aquí 32 años. Tiene una hija de 28 y un hijo que trabaja en el Medgar Evers College. Parecía impresionante, pero con su acento de India oriental tan bajo te preguntabas si alguien podría oírla.

Todos podían. Cuando el jurado se ha sentado y ha jurado el puesto, ella es la presidenta.

El juez de distrito de Estados Unidos Jack Weinstein, que está orgulloso de su edad, 84, parece ser el único jurista de la ciudad que puede atraer espectadores. No hay nada llamativo en él. Aporta tanta nobleza y calor y sentido común en el aire que la gente que cae en su juzgado no quiere irse. También es el juez apropiado para llevar casos de la mafia. Sabe que son los números, como los de los años en la cárcel, y no los discursos, los que pueden acabar con la mafia.